

Razones para ser y hacer con los otros en nuestra sociedad posmoderna

Maribel MARTÍN ESTALAYO

Diplomada en Trabajo Social y becaria de la Caixa
para estudios de posgrado en la UCM

Recibido: 10 abril 2007

Aceptado: 14 mayo 2007

RESUMEN

No podemos justificar un trabajo social con grupos o comunitario, sin acercarse a la vivencia de la persona en su contexto actual. Hablar del sujeto y sus relaciones supone, primeramente, intentar comprender sus estrategias y modos de conducirse ante las circunstancias que intervienen en sus procesos vitales. Por tanto, este artículo pretende una aproximación a las características de nuestra sociedad posmoderna, y desde ahí poder ir descubriendo elementos que fundamenten razones para ser y hacer con los otros.

Palabras clave: posmodernidad, riesgo, incertidumbre, lazos, individuo.

Reasons for being and acting with others in our postmodern society

ABSTRACT

Social Work with groups or Social Community Work is not easy to support without the approach to human being experiences in their current context. Talking about the person and their relations means that it's necessary to try to understand their life strategies considering the circumstances in life process. This work is dealing with an approach to our postmodern society characteristics in order to facilitate the knowledge of new facts that support reasons for being and acting with others.

Key words: postmodernity, risk, uncertainty, links, individual.

SUMARIO: 1. Introducción. 2. Sociedad posmoderna. 3. Unas pinceladas sobre la individualización. 4. Pensando en la reinención. 5. Razones para ser y hacer con los otros en nuestra sociedad posmoderna. 6. Referencias bibliográficas.

1. INTRODUCCIÓN

Es que los jóvenes de hoy queréis tenerlo todo sin esfuerzo y sin compromiso... Y esta frase, que aparece en algunos de mis encuentros familiares, propicia la discusión generacional. ¿El pretexto? La vivienda, el empleo, las relaciones personales y sociales, la religión, etc. Tras los apasionados intercambios de palabras y argumentaciones, siempre me queda la misma sensación y consiguiente reflexión: ¿Cómo entender al otro en sus vivencias personales? ¿Cómo encontrarnos en temas vitales si los puntos de partida y referencias corresponden a contextos y experiencias diferentes?

Por ello, cuando me propongo abordar cualquier tema, intento tener en cuenta esta primera premisa: la contextualización. El propósito de este artículo, es analizar la perspectiva macrosocial; una perspectiva que debe estar incorporada en el imaginario de los profesionales que deseen intervenir en una sociedad cuyas características contextuales condicionan, en muchas ocasiones, la conducta de los individuos. Los deseos, los esquemas, las maneras de ser y hacer, varían según el contexto personal, y más allá, según el tipo de sociedad.

Dicen que hoy vivimos en el tiempo de la posmodernidad; algunos la denominan modernidad tardía (Giddens), otros modernidad líquida (Bauman) o segunda modernidad (Beck). Estas designaciones no aluden a una simple continuación del tiempo anterior, más bien introduce un salto cualitativo importante.

Según Najmanovich¹, la modernidad suponía un espacio cognitivo mecánico, manipulable, lineal, predecible. El sujeto era entendido como una sustancia pura, sumatoria de capacidades, un «individuo», un átomo social. Es decir, la persona y, en concreto, el investigador y técnico social, se movían en una epistemología de la certeza, el destino fijado y la mirada privilegiada.

Sin embargo, y teniendo como referencia esta misma autora, la posmodernidad apunta al conocimiento dinámico, vincular, entendiendo el cambio como devenir y transformación. El sujeto se concibe en clave de productividad, actividad, circulación, creatividad, unidad heterogénea abierta al intercambio, organización emergente que adviene como sujeto en la relación con la sociedad. Se trata de una epistemología de la incertidumbre, la complejidad, que implica responsabilidad en la elección y mirada sesgada por la subjetividad personal. En palabras de Najmanovich «ese reencuentro del sujeto con su mirada ha dejado al descubierto nuestras limitaciones y nuestras posibilidades, ha eliminado las garantías tranquilizadoras y nos ha abierto las puertas al vértigo de la creación, ¿sabremos aceptar el desafío?».

Así, partiendo de estas diferencias significativas, considero fundamental ahondar en las características propias del tiempo actual (la posmodernidad), puesto que todas ellas, directa o indirectamente, inciden en la construcción personal y relacional. A continuación se describen algunas de las características de la sociedad que nos envuelve.

¹ Najmanovich, D. (2001), «Pensar la subjetividad. Complejidad, vínculos y emergencia», en: *Utopía y Praxis Latinoamericana*, Año 6, N° 14, pp. 106-111.

2. SOCIEDAD POSMODERNA

Hablar de posmodernismo «en lo concreto» es referirse ineludiblemente a las nuevas formas de organización de la sociedad. Las llamadas sociedades desarrolladas se han forjado en los avatares del mundo laboral, y han derivado en la actualidad en lo que Richard Sennet² designa «*capitalismo flexible*».

A partir de esta nueva organización, la persona es «empujada» a un comportamiento ágil, una enorme apertura al cambio, la continua asunción de riesgos y una actitud de independencia respecto a reglamentos y procedimientos. Todo este nuevo combinado, bajo el nombre de la flexibilidad, crea en la persona un estado de ansiedad continuo y su carácter se ve amenazado (tesis de fondo del libro de Sennet). Este carácter abarca más allá de la personalidad, se refiere a sentimientos y deseos profundos, es el aspecto duradero de la experiencia emocional e indica lo que nosotros valoramos de nosotros mismos. Por tanto, dejándonos cuestionar por este autor, ¿cómo integrar ese valor duradero en nuestra sociedad posmoderna? ¿cómo perseguir metas y dibujar horizontes? ¿cómo comprometerse en algo en continua desintegración? ¿cómo resolver todo esto en una sociedad impaciente, que vive lo inmediato?

Una mirada de la nueva relación establecida entre el trabajo y la persona, nos proporciona nuevos elementos de análisis:

1. Sistema de poder flexible: supone la reinención intermitente de las instituciones promovida por un deseo continuo de cambio. Se defiende la necesidad de esta organización por la inestabilidad de la demanda, con lo cual queda aquí reflejado lo que está en juego: no una política que vele por el bienestar social (pleno empleo, calidad de vida, bien común) sino el enriquecimiento de unos pocos poderosos (los que viven cómodos en este nuevo régimen laboral).
2. El riesgo: es uno de los puntos esenciales de la flexibilidad; pasa a ser algo normal, una necesidad diaria. Y esto es así por la imposición de la inestabilidad en las organizaciones. Por otro lado parece incoherente asumir el riesgo del cambio cuando no hay un horizonte visible, pero en esta cultura no moverse es sinónimo de fracaso (al que también se teme). Se defiende, en falsa clave positiva, que la incertidumbre fomenta las oportunidades de movimiento. Pero si trasladamos este continuo estado de vulnerabilidad al trabajador, nos encontramos con la presión que supone estar siempre disponible y aparentar ser una persona atractiva. Aquí conviene hacer una breve reseña al tema de la cualificación. Ese estar atractivo tiene que ver sobre todo con la preparación de la persona. Se exige una formación que esté adecuada a la demanda, incluso, si es posible, por encima de ella. Con lo cual se da un notable aumento de personas universitarias, trayendo consigo distintos desequilibrios: hay más

² Sennet, R. (2000), *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Colección Argumentos, Barcelona.

gente formada que demanda, por lo que se genera competitividad; el sueldo de los técnicos aumenta y baja el de los trabajadores, los adultos se ven relevados, etcétera.

«Riesgo» se convierte en sinónimo de juventud, ambas experiencias terminan identificándose mutuamente, y así arrastran como consecuencia el desbancamiento de la experiencia adulta. Un trabajador mayor se percibe como aquél que tiene el pensamiento inflexible, reacio al riesgo, carente de energía, «persona inútil», con capacidad de criticar las decisiones de sus superiores. Es así como se refuerza el prejuicio social y deriva en aprensión, ansiedad, confusión, terror al paso del tiempo..., pues lo pasado ya no es buena referencia ni guía del presente.

Esta narración del «riesgo» es tan real como preocupante. Actúa como elemento discriminatorio, nos propone un continuo e imposible estar demostrando nuestra valía, empezando siempre de cero, minusvalorando la experiencia. Si como diría A. Smith: «el carácter se desarrolla a través de la historia...». Esta propuesta y exigencia del riesgo, desbarata toda posibilidad de formación del carácter, anula a la persona.

3. El fracaso: la persona pasa de verse como víctima pasiva a protagonista en acción. Asume los fracasos como propios, se adapta a sus circunstancias, sean las que sean y, en consecuencia, desaparece todo tipo de lucha o reivindicación. El sistema flexible podrá seguir maquinando a su antojo, pisoteando los derechos y la vida de las personas.

Vemos un ejemplo claro en la terminología social de hace unos años. Expresiones como «drogadicto», «delincuente», «excluido», hacían referencia a la responsabilidad individual de las problemáticas. Como decía Nietzsche «*el lenguaje crea realidad*» y, en esta realidad, el sujeto tenía que asumir las situaciones siendo consciente que él, y solo él, era responsable de su situación. Este fracaso recae totalmente sobre el individuo y exime al resto de la sociedad de actitud participativa e implicación (muy distinta a la mirada sistémica-relacional).

Según U. Beck³: «en esta forma de vivir la propia vida, las personas deben cargar con la responsabilidad y culpabilidad individual por —y muchas veces también hacer frente solas a— lo que antes solía abordarse colectivamente como destino y clase».

4. Identidad: para comprender este elemento traigo a estas páginas uno de los ejemplos que expone R. Sennet respecto a la influencia del cambio en el mercado laboral y pérdida de identidad.

El lugar elegido es una panadería, y ésta formada por personas grecoamericanas. Cuando aún no había llegado la era tecnológica ni los nuevos métodos, se respiraba en esta panadería el orgullo de la profesión, la solidaridad étnica, el sentido de comunidad; ser un buen trabajador se equi-

³ Beck, U., Beck-Gernsheim, E. (2003), *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Paidós, Barcelona

paraba a ser un buen griego. Es decir, había una identificación del carácter personal con el propio trabajo.

Pero tras la llegada de la informatización, el desconocimiento del trabajo práctico del oficio, las nuevas condiciones, la aparición de distintas etnias, la adaptación a la demanda, se da un cambio emocional frente al «paraíso» que nombrábamos en la panadería anterior.

Desaparece el apego al trabajo y no se ve claramente cual es lugar que ocupa cada uno socialmente, se entremezclan en medio de la confusión y olvidan toda aquella identidad griega que les distinguía.

Podemos decir que la flexibilidad crea distinciones entre lo superficial (donde situamos a los trabajadores) y lo profundo. A mi entender, las nuevas organizaciones no han sabido integrar toda esa fuerte carga de valores y carácter que se traducía en calidad del producto y dignidad del trabajador. La obsesión por la demanda ha cegado, obstruido y arrastrado a la pérdida de identidad personal.

5. La comunidad: «Un régimen que no proporciona a los seres humanos ninguna razón profunda para cuidarse entre sí, no puede preservar por mucho tiempo su legitimidad» (R. Sennet). Ante un panorama laboral donde la flexibilidad se traduce en incertidumbre, riesgo, prescindibilidad de la persona, los vínculos sociales que se forjan responden más a una actitud defensiva que a la unidad de criterios y vivencias compartidas.

Si el otro es mi competidor, hacerme vulnerable ante él y mostrar mi necesidad, denota mi poca valía y carácter dependiente (características negativas en una sociedad que celebra la autonomía y la responsabilidad individual). Por tanto, el otro me genera desconfianza por lo que no se buscan espacios para compartir los miedos, las inseguridades, las expectativas (armas que no es deseable que sean utilizadas en mi contra).

Existe un discurso social, poco favorecedor, que intenta acallar las necesidades de la persona: el del parasitismo social. Cuando se discute sobre bienestar, derechos sociales o redes de seguridad, se insinúa que quien no es capaz de incorporarse al mundo laboral es porque no quiere esforzarse, y así el resto cargamos con toda esa hilera de «vagos». Luego, necesitar de alguien es lo mismo que ser un parásito.

Se trata por tanto, en medio de este camino de obstáculos, de *restituir la fe en los demás*. El comunitarismo propone la unión de valores y criterios comunes, la fuerza mutua. Lewis Coser, en una visión quizás más realista, habla de saber escuchar y reaccionar entre sí, incluso percibiendo sus diferencias más profundas.

Todos estos elementos nos ayudan a dibujar el escenario en el cual el individuo ha de moverse y gestionar su propia vida. Utilizando la terminología de Beck, «estamos asistiendo y experimentando un proceso de individualización, esa transformación estructural de las instituciones sociales y la relación del individuo con la sociedad».

3. UNAS PINCELADAS SOBRE LA INDIVIDUALIZACIÓN

«La individualización —dice Beck— es ese proceso a partir del cual podemos explorar no sólo la manera como la gente hace frente a esas transformaciones en términos de identidad y conciencia, sino también cómo han cambiado sus situaciones existenciales y sus modelos biográficos».

Los individuos nos hemos liberado de muchos roles tradicionales, manejamos como estandarte desde la adolescencia y juventud palabras como «libertad», «capacidad de decisión», «vivir la propia vida», «ser independiente», «hacer lo que quiero», «soñar alto»... y me pregunto si cuando escucho tales mensajes en los otros y en mí misma, me suenan a verdad o a una mínima conciencia de la relación entre contenido y realidad.

Se nos vende una falsa libertad (o al menos a medias). Si bien es cierto que nos hemos liberado de muchos tradicionalismos y compromisos, el mercado laboral se nos vuelve como dios al que postrarnos, del que depende toda nuestra existencia, alrededor del cual gestionamos y pensamos nuestras decisiones vitales.

Hay quien hace conciencia de la influencia de este tipo de sociedad, hay quien permanece ciego ante la manipulación, hay quienes al abrir los ojos y ver la complejidad que supone, prefieren volverlos a cerrar.

Traigo a este artículo una de esas voces⁴ que claman y denuncian el tiempo presente:

Esclav@s. Tan sólo eso.

Esclav@s de la ignorancia, de una sociedad que nos precipita hacia el consumo, hacia el hedonismo, hacia la primacía del yo... y el olvido del nosotr@s.

Somos l@s hereder@s de cadenas invisibles. Sabemos que no nos gusta cómo están las cosas... pero no sabemos a quién echarle la culpa.

Criticamos y escupimos sobre abstracciones... y ni siquiera podemos ver cómo resbala nuestro esputo sobre la indiferencia del sistema.

El mercado... el ogro del siglo XXI que nos persigue y nos subyuga a sus deseos con el dinero como incansable aliado. ¿Y qué puedo hacer yo?

Estoy lo suficientemente viva como para ser consciente de la mierda que nos rodea... pero no soy lo suficientemente grande, ni lo suficientemente fuerte como para apartarla de mi camino...

...y ofrecer una mierda que no huelga tan mal.

¿Sabías que las 225 personas más ricas de este planeta... acumulan el mismo capital que media humanidad?

⁴ Resulta enriquecedor conocer qué piensan los jóvenes de hoy. Por eso, en relación a este tema, quería traer las palabras de Pilar de la Torre-Velver Martín, 19 años, estudiante de 2º de psicología en la Universidad Complutense de Madrid.

Estamos viviendo en directo el fallecimiento de la auténtica humanidad y llegará un momento en el que el «nivel de vida medio»... sólo será posible para un 0,0000000001% de la población.

Existencia miserable la que nos espera... a no ser que hagamos algo para cambiarlo...

...alguien dijo alguna vez que el Amor todo lo puede...

...y es lo único que está en mis manos.

¡Despertemos a nuestros corazones del letargo de la avaricia!

¿Alguna vez... os habéis preguntado... qué pasaría... si todas las personas del planeta... sonriéramos a la vez?

Rescato de este escrito varias ideas a considerar como percepción del tiempo presente:

1. La conciencia de «esclavitud» (cadenas invisibles): no hay movimiento ni actitud de cambio sin conciencia de la situación. El primer paso para modificar algo es poner «nombre» a ese algo, a la relación con ese algo, a lo que experimento en ese flujo de interacciones.
2. El olvido del nosotr@s: en esa lectura de la realidad, se percibe el individualismo latente. Hablamos de comunidades formadas en la desconfianza o la indefensión, hablamos de responsabilidades y culpas individuales, de elecciones personales donde el otro no es tenido en cuenta.
3. La necesidad de movimiento («hacer algo para cambiarlo»): cuando somos conscientes y no nos gusta lo que vemos y sentimos, nos removemos e inquietamos, buscamos los «cómos» para salir de esa situación. Necesitamos el cambio, pero no sabemos por donde tirar...
4. El afecto (el Amor), la actitud amable como fuente de poder: esta joven propone este lugar como posibilidad para transformar, espacio personal de poder que desata y contagia otro tipo de actitudes menos individualistas, donde no resulta tan complicado reconocer al otro en su dignidad humana.

Como último apunte y retomando la aportación de Beck en cuanto a la individualización, entendemos que este proceso presupone «una conciencia y un proceso reflexivo de socialización e intersubjetividad». Alude a ese hacer conciencia de las situaciones personales y relacionales, así como a la necesidad de moverse y cambiar los procesos existentes dirigidos a un mayor bienestar. «Tenemos que construir e inventar nuestra intersubjetividad con el fin de ser individuos», «reinventar la sociedad».

4. PENSANDO EN LA REINVENCIÓN...

—Busco a los hombres —respondió el principito—. Dime, ¿qué significa «domesticar»?

—Los hombres —intentó explicar el zorro— poseen fusiles y cazan. Eso es bien molesto. Crían también gallinas; es su único interés. Tú buscas gallinas, ¿verdad?

—No —dijo el principito—. Busco amigos. ¿Qué significa «domesticar»?

—¡Ah!..., es una cosa muy olvidada —respondió el zorro—. Significa «crear lazos»⁵.

Crear lazos... aunque parezca algo «muy olvidado», lo considero el punto de partida para reinventarse como individuos. No vamos a justificar esos lazos, ese ser y hacer con los otros, con argumentos novedosos o principios inauditos. Como decimos vulgarmente, las razones «están delante de nuestras narices», nacen de todas esas situaciones narradas que amenazan a la persona de hoy: los sistemas de poder actuales, el riesgo, la flexibilidad, el fracaso, la corrosión del carácter y esa progresiva destrucción de la identidad personal.

Quizás hoy (más que ayer) están al descubierto nuestras limitaciones e inseguridades, pero también nuestras posibilidades; quizás nuestra vida ya no está compuesta por elementos estables y duraderos, pero a cambio se nos concede la oportunidad de crear nuestros propios itinerarios; quizás el riesgo sea la característica amenazadora de nuestro tiempo, pero igual si nos reconciliamos con él y lo acogemos como parte del trato, hace que nos adentremos en otro tipo de confianza más allá de la material; y a lo mejor el fracaso de hoy, circunstancia cotidiana de la vida y experimentada como responsabilidad personal, quiera revelar que solos/as no podemos, que la lucha necesita de la colectividad y la reivindicación de las voces unidas.

No conviene refugiarnos ni justificar la actitud pasiva o de impotencia por la complejidad del nuevo contexto, no podemos seguir utilizando esquemas pasados para cuestiones presentes. Y es que continuamos deseando las mismas cosas que nuestros padres: una vivienda en propiedad, un coche, una familia más o menos tradicional, trabajo fijo, vacaciones en el mes de agosto, etc. Todo ello, generalmente, sin considerar las posibilidades reales del nuevo contexto y, posiblemente, sin invertir los mismos esfuerzos y compromiso personal que aquellos que nos precedieron.

Es fácil comprometerse con aquello que sabemos va a salir bien, pero el compromiso de este tiempo apunta no tanto a derechos y deberes fijados, como a una asunción (con dosis de apuesta y riesgo) que da sentido y concede identidad personal. ¿A qué nos estamos comprometiendo hoy? (si es que nos estamos comprometiendo con algo o con alguien).

Decía Viktor Frankl, recordando su experiencia en el campo de concentración de Auschwitz, que «...al hombre se le puede arrebatar todo salvo una cosa: la última de las libertades humanas —la elección de la actitud personal ante un conjunto de circunstancias— para decidir su propio camino»⁶. A veces las perspec-

⁵ Saint-Exupéry, A. (2001), *El Principito*, Ediciones Salamandra, Barcelona.

⁶ Frankl, V. (2005), *El hombre en busca de sentido*, Ed. Herder, Barcelona.

tivas, en circunstancias extremas, nos devuelven algo de luz y empezamos a tratar las cosas desde su valor real. Los condicionantes, aunque sin subestimar su influencia, sólo son eso, condicionantes. Las actitudes personales van más allá del tiempo o la circunstancia que te toque vivir. En consecuencia, tenemos entre manos una gran herramienta: la capacidad de elegir.

Crear lazos... aunque únicas, las personas nos parecemos mucho entre sí. Aún sin saberlo o expresarlo, compartimos anhelos, dudas, inquietudes, obstáculos, certezas, es más, ¿cómo no hacerlo si vivimos en el mismo tiempo?

Miremos por un segundo al «otro», preguntémonos con honestidad y elijamos (tenemos esa capacidad): ¿Competidor-enemigo o persona con las mismas necesidades? ¿Fracasos individuales o problemas colectivos? ¿Libertad, compromisos y relaciones o dependencia del mercado laboral y sistema flexible? ¿Desconfianza permanente o espacios para compartir los miedos e incertidumbres? ¿Individualismo o individualización (donde ser individuos no excluye preocuparse de los demás)? ¿Poder individual y/o poder grupal?

5. RAZONES PARA SER Y HACER CON LOS OTROS EN NUESTRA SOCIEDAD POSMODERNA

A estas alturas de la exposición, quizás el lector continúe esperando con mayor claridad esas respuestas o razones prometidas en el título del artículo. Sin embargo, sin ánimo de decepcionar, considero mi objetivo cumplido en la firme creencia que no nos mueven las respuestas sino las preguntas, y de eso no ha faltado a lo largo de la reflexión.

Cuando nos cuestionamos la realidad, nacen motivos para el cambio; cuando hacemos lectura de lo que vivimos y nos rodea encontramos coherencia y sentido; cuando miramos nuestro tiempo presente aparecen infinitas razones para ser y hacer con los otros.

No olvidemos la clave, «crear lazos», la relación con el otro como posibilidad de pensar y reinventar la sociedad juntos, también de conocerme, identificarme y crecer con verdadera libertad. Decía Rogers⁷ «si puedo crear una relación que, de mi parte, se caracterice por: una autenticidad y transparencia y en la cual pueda yo vivir mis verdaderos sentimientos; una cálida aceptación y valoración de la otra persona como individuo diferente... y su mundo tal como él lo ve: entonces, el otro individuo experimentará y comprenderá aspectos de sí mismo anteriormente reprimidos; logrará cada vez mayor integración personal y será más capaz de funcionar con eficacia...».

Es este tipo de relación la que mueve, la que reconstruye, la que implica cambio y tienen consecuencias sociales enriquecedoras. Si se es capaz de este tipo de relación «se parecerá cada vez más a la persona que querría ser; se volverá más personal, más original y expresivo; será más emprendedor y se tendrá más con-

⁷ Rogers, C. R. (1972), *El proceso de convertirse en persona*, Paidós, Barcelona.

fianza; se tornará más comprensivo y podrá aceptar mejor a los demás, y podrá enfrentar los problemas de la vida de una manera más fácil y adecuada».

Todas las cuestiones propuestas en este artículo deben ser tenidas en cuenta por las personas que trabajan, directa o indirectamente, en el ámbito de la intervención social. Pese a las dinámicas que empujan hacia el individualismo y a la búsqueda de la parcialización de la problemática, una buena práctica apunta hacia una mirada que puede tomar distancia y valorar el conjunto de los condicionantes del contexto particular y social.

6. BIBLIOGRAFÍA

BECK, U., y BECK-GERNSHEIN, E.

2003 *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Paidós, Barcelona.

FRANKL, V.

2005 *El hombre en busca de sentido*, Ed. Herder, Barcelona.

NAJMANOVICH, D.

2001 «Pensar la subjetividad. Complejidad, vínculos y emergencia», en: *Utopía y Praxis Latinoamericana*, Año 6, N° 14, pp. 106-111.

ROGERS, C. R.

1972 *El proceso de convertirse en persona*, Paidós, Barcelona.

SAINT-EXUPÉRY, A.

2001 *El Principito*, Ediciones Salamandra, Barcelona.

SENNET, R.

2000 *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*, Colección Argumentos, Barcelona.